

SEXO, METAFORA Y PODER O LA ANTROPOLOGIA EN EL TOCADOR

Sergio Villena Fiengo¹

Al término del primer encuentro:

-- (El agraciado, Juan, con el pecho semi-inflado y la sonrisa a flor de labios, dejando traslucir un momento de duda) *Y ahora, la pregunta de los sesenta y cuatro mil pesos ¿te gustó?*

-- (Lupita, con ademanes y tono indignados) *¿Gustarme? ¿A mí? ¿A una muchacha decente? ¿Por quién me tomas? [...] Me pareció repugnante, asqueroso.*

-- (El doblemente agraciado, con el pecho a punto de estallar y la sonrisa plena) *Gracias Lupita. Ya sabía yo que no ibas a fallarme al momento de la verdad.*

(Versión teatralizada de "La luna de miel", de Rosario Castellanos)

Cuando el extranjero llega a México y se inserta en el mundo de la interacción cotidiana --sobre todo privada--, independientemente de la clase o el grupo social al que pertenecen sus interlocutores mexicanos, se siente marginado a una posición de virtual "imposibilidad comunicativa" por su falta de competencia para el uso del verbo "chingar" y anexos¹, mucho más que de cualquiera de las otras particularidades del habla en México --por ejemplo, el uso de las preposiciones *de*, *hasta*, o términos como *ándale*, *órale*, etc.

Sin embargo, la misma frecuencia con que estos términos aparecen en el

lenguaje cotidiano privado (e incluso público, apenas se relaja un poco la formalidad), abre la posibilidad para que el extranjero adquiera un relativamente pronto manejo de esos mexicanismos de uso arraigado y cuasi/universal. Pero adquirir la plena competencia requiere un "ajuste" cultural más que lingüístico, es decir, exige la adquisición de los códigos de lo "political correctness" local, actividad que va más allá de la búsqueda de sinónimos para situarse en la comprensión de los símbolos vehiculizados por el lenguaje, por el aprendizaje de las connotaciones y no sólo de lo denotado.

¹ Sociólogo, Coordinador Académico de la Secretaría General de la FLACSO.

Esto es posible sólo si se "penetra" en el laberinto de la cultura y la identidad mexicanas por una de las entradas más interesantes y divertidas. Es lo que me he propuesto hacer en este ensayo.

"Chingar" significa --nos dice Octavio Paz (1981)--, por lo menos desde el inicio de la conquista española, "violentar sexualmente".

En la actualidad la retórica cotidiana se sirve de este verbo como el instrumento lingüístico valorativo por excelencia: la extendida y machacona conjugación del verbo deja la impresión de que los mexicanos --con algunas excepciones, por supuesto-- se involucran en interacciones sociales con el único fin de chingar y no ser chingados. Lo desconcertante del hecho es que, además de lo anterior, en este juego de (poder expresado en el) lenguaje, la valoración positiva recae en el sujeto activo de la acción (el agresor) y no en el sujeto pasivo de la misma (la agredida).

Se dice de alguien que es **chingón** (literalmente: agresor sexual) cuando se "impone" por la fuerza y, por extensión, cuando muestra algún valor positivo (en los términos del evaluador) en uno o múltiples planos de la vida. Por ejemplo, en expresiones como la siguiente: "ese profesor es un chingón", lo importante no es que el profesor aludido "sabe", sino que se impone a los demás gracias a la autoridad que le confiere su "saber" (y no mediante la argumentación, que sería una mejor forma de regular la interacción, al menos en el ámbito académico) . . . y,

curiosamente, es eso lo que hace que el personaje sea admirado.

Por el contrario, la chingada, esto es, la persona agredida (que literalmente designa a una mujer, pero que puede aplicarse a cualquiera, en tanto recurso retórico), es la que carga con la valoración negativa, como lo dejan traslucir los insultos preferidos en México (además de "pinche güey" y --de uso "aristocrático"-- "naco"): "hijo de la chingada" --y no "hijo de puta", como en otros países-- o, para aumentar el repertorio con imágenes de violencia incestuosa musicalizada y sobre ruedas¹, "chinga a tu madre" o, simplemente, con tono descalificador o amenazador, esto es una "madre", "te chingué", "te chingué la madre" o "te voy a madrear". La imagen contrapuesta del chingón (así, en masculino) son el "rajón" y el "güey (buey)"¹. Es decir, el que actúa como mujer (el que se raja), o aquél que es agresivo pero que, en última instancia, no logra su cometido (el "güey"). Esta última metáfora me lleva a sospechar que la confirmación --la evidencia palpable-- de la agresión sexual ocurre sólo si ésta termina en la fecundación.

Dejo el análisis de las metáforas anexas para otro momento, y paso a concentrarme en la chingada y su contraparte. ¿Cuál es la contraparte "moral" de la chingada? Como las metáforas tienen una historia, es conveniente recurrir aquí a un análisis etnohistórico. Jaques Lafaye (1974), en su monumental libro "Quetzalcoatl y Guadalupe", nos dice que una de las varias razones que hicieron posible la popularización de la imagen de la virgen de Guadalupe de Tepeyac, hasta que llegó a

convertirse en patrona (¿matrona?) de la nación mexicana (y, esto es fundamental, de todos los grupos sociales que formaron la nación), fue precisamente, que se trataba de una *madre virgen*.

Esto guarda estrecha relación con la forma en que se dio el mestizaje, a la llegada de los españoles al "nuevo" continente. Al margen de la carga negativa que adquirió muy pronto el mestizaje, sobre todo porque fue visto como un proceso de contaminación de la "blancura" epidérmica y la "pureza" moral cristiana por su contraparte, la "piel oscura" asociada a una supuesta bajeza moral de los infieles indios, el mestizaje tiene una innegable marca de violencia sexual que se convirtió en una especie de trauma de origen de la "raza cósmica".

Para el mestizo, ser parte de la prole de una madre india violada por un --o más-- individuo blanco, se convirtió en uno de sus principales traumas que buscó ser superado mediante varios mecanismos compensatorios. En primer lugar, en el inconsciente colectivo de los mestizos, la Virgen, madre espiritual, se convirtió en el ente que satisface psicológicamente, mediante la sustitución de la madre biológica fecundada contra su voluntad: los despreciados mestizos buscaron una compensación psicológico/simbólica en la imagen de la madre inmaculada de Guadalupe.

Pero se buscó compensación no sólo en el ámbito espiritual; se exigía también la virginidad de las mujeres de carne y hueso. El triunfo de la moral cristiana fue evidente cuando, a la imagen del pecado (al que está asociado el libre ejercicio de la sexualidad en esa religión)¹, se sumó la

correspondiente a la deshonra de la (mujer) chingada, y se contrapuso a ambas la imagen de la virtud femenina --literalmente-- encarnada en su "virginidad". La virginidad, en tanto evidencia "tangible" de la virtud femenina, no sólo fue uno de los pilares fundamentales sobre los que descansaba la moral católica y el conservadurismo de los conquistadores; fue también un emblema de resistencia al chingón.

El epígrafe de este ensayo (que podría haber sido tomado de cualquier telenovela del canal de las estrellas, si se atrevieran a presentar ese tipo de escenas) nos da una pauta sobre la vigencia de esta práctica en el México actual: una vez perdida la virginidad, la única posibilidad que tiene la mujer de ejercer el sexo es desligándolo del placer (o aparentando hacerlo), es decir, viviendo cada "entrega" como un refuerzo de la subordinación, como un "dejarse chingar"; por contraparte, el chingón halla satisfacción no en el amar, sino en el agredir. En el juego erótico, es más importante la posesión que la seducción.

Así, Tanatos se impuso a Eros y la violencia se filtró en todo el tejido social. El poder interiorizado: chingón es el vencedor; chingar (para el chingón y para la chingada) es el símbolo de triunfo. Es por eso que, interiorizada la derrota edípica, "padre" significa "grande" en lenguaje figurado, como nos lo recuerda un diccionario promocionado en grandes afiches a todo color en las estaciones de las líneas del metro de la ciudad de México; por eso mismo se asocia una imagen de semental al macho.

Tal vez esa es la "clave" que permite explicar porqué el uso valorativo del verbo chingar opera de la forma señalada, es decir, porqué ocurre el desplazamiento de lo "negativo" no hacia el agresor sino hacia la agredida. La desvalorización de la madre --en lugar de la búsqueda de venganza, por ejemplo--, se debe también a que el hijo no querido de la chingada era criado por ésta y, cuando llegaba a conocer a su padre, no podía ni siquiera acercarse a él, y mucho menos llamarle padre. La exclusión de los mestizos de los beneficios de la sociedad colonial se daba, entonces, no sólo a partir del estigma de su piel oscura y de su bastardía [ser hijo no querido], sino que también se basaba en otro criterio discriminatorio impuesto por los españoles: la ilegitimidad.

La identificación con el padre chingón (que tiene su contraparte en el ejercicio de la violencia contra la madre chingada) aparece, entonces, como un mecanismo de compensación tanático: sólo se podía ser un triunfador si se era como el padre. Así, identificarse con el "chingón" es un acto de "fortaleza". Por contraparte, la identificación con la víctima es evaluado por los "chingones" como un acto de "debilidad" y da lugar a la metáfora del "rajarse", por lo que algunos consideran que la homosexualidad masculina tiene, en México, una de sus causas en el acto de rebeldía contra el padre agresor.

Pero, como ocurre en estos casos, los desplazamientos operados mediante la identificación con el "fuerte" no eliminaron la fuente de angustia; por el contrario, la reforzaron. El trauma se depositó en el fondo del inconsciente social; el superego

chingón se apoderó del lenguaje --sin descartar otros ámbitos poco explotados como el arte, el mundo onírico, p.e.--, y el trauma de origen se convirtió en fuente privilegiada de las metáforas y alegorías cotidianas. La violencia, ordenador de las relaciones sociales desde el mismo instante de la fundación de la sociedad colonial, adquirió, así, materialidad lingüística. La dimensión evocativa o de connotación que tiene la metáfora del chingar (lo que la convierte en una metáfora viva, es decir, que todos tienen conciencia relativa de la misma, pese a que el acto de "chingar" que originó el mestizaje ya se haya superado en gran parte) hace del lenguaje uno de los mecanismos de reproducción, y no de conjura, de la violencia¹. Por todo lo dicho, la competencia necesaria para el uso del verbo "chingar" y derivados requiere reconocer en la sociedad el principio de jerarquía construidas mediante el ejercicio de la violencia, expresado en el carácter "vivo" de la metáfora. Criticar la misma es permanecer condenado a la sub-comunicación; pero también es una forma de oponer resistencia a la codificación de las jerarquías, cuestionando su "naturalidad", contribuyendo así a la promoción de los valores democráticos, pues la democracia exige dejar de lado a la violencia, sus códigos y símbolos, como ejes ordenadores de la vida social. El diálogo sólo es posible cuando existe un lenguaje abierto y horizontal.

Este ensayo se originó en el deseo de invitar a la lectura de "Acechando al unicornio. La virginidad en la literatura mexicana". Esta excelente compilación de Brianda Domecq (1992) recupera importantes escritos que, fluctuando entre

lo indignante y divertidas, motivan una profunda reflexión sobre las relaciones de género. El libro brinda una gran oportunidad para saber todo lo que siempre quisimos conocer sobre la virginidad en México, sin tener que preguntarle a nadie. Si Ud. lector (cree que) ya lo sabe todo, igual lea el libro. . . le señalará algunas pistas sobre la treta utilizada por los ladrones del unicornio azul que Silvio Rodríguez perdió ayer. Si todo eso no le parece suficiente, ahí va mi última carta: lea el libro, está chingón.

Bibliografía

LAFAYE

1974 **Quetzalcóatl y Guadalupe**,
Fondo de Cultura Económica,
México.

PAZ, Octavio

1981 **El laberinto de la soledad**,
Fondo de Cultura Económica,
México.

DOMECQ, Brianda

1992 **Acechando al Unicornio. La
virginidad en la literatura
mexicana.** Fondo de Cultura
Económica, México.